

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 242

Valencia, 1 de Octubre de 1937

María Carbonell, 2

¿Dónde acabará la guerra de España?

A aquellos que, ante las dificultades de la situación actual, sientan laxitud, desánimo, pesimismo y les aconsejo un viaje a España.

Si no adquieren una energía nueva con el espectáculo de un pueblo que se atreve, en las circunstancias más difíciles, a combatir por su libertad; si no recuperan valor y esperanza, es que su caso es desesperado y que no son ya sensibles a lo que constituye en suma, el valor y la alegría de la vida: la lucha ardiente, generosa y heroica por una causa, por un ideal, por una realización.

Nace allí una nación en el más terrible dolor, entre sangre y, a veces, entre inmundicias. España tiene ciertamente una larga y gloriosa historia, la menudo dolorosa, pero siempre apasionada y brillante. Mas no ha acabado todavía de nacer como nación, como no lo había hecho tampoco Francia antes de 1789, ni Inglaterra con anterioridad a 1648. Hoy, como entonces, asistimos a un gran alumbramiento. ¡Es atroz y magnífico! La alegría estalla, en medio de los gritos de dolor, al pensar en esa vida nueva que va a lograrse.

* * *

Porque se logrará Franco y sus cómplices no ahogarán a la joven República.

España quiere vivir libre. Y esta voluntad soberana, que no retrocede ante ningún sacrificio, le ha hecho ya realizar milagros. Ha sabido improvisar en doce meses, en medio de dificultades inauditas, un ejército sólido, disciplinado, encuadrado, que ya ha demostrado su valor en múltiples operaciones. Ha sabido resistir todos los ataques del enemigo en el teatro principal de la guerra, a pesar de la inferioridad evidente del material de que disponía; pero la calidad de éste mejora de día en día, y, según la opinión general, muy pronto tendrá el valor ofensivo que le ha de permitir emprender operaciones decisivas, y liberar el territorio nacional. España fué sorprendida por la agresión franquista como los aliados lo fueron en 1914 por la agresión alemana. Como a los aliados entonces, la falta de preparación la obligó en un principio a retroceder; pero, como ellos, ha resistido con la milagrosa tenacidad de los que no aceptan la servidumbre. Como ellos, por último, vencerá al final por la superioridad del valor y de la constancia y por la voluntad de gozar de una vida nacional libre, que es sin duda, en los tiempos presentes, la mayor fuerza colectiva que existe.

* * *

He tenido siempre una confianza ciega en la victoria final de la República española; pero sé que puede hacerse esperar y hasta no realizarse sino después de rudas pruebas y tal vez tras de acontecimientos de un alcance mundial que nos interesan del mismo modo que a España misma.

Si la nación española y los generales rebeldes se hubiesen hallado frente a frente, la victoria nacional hubiese sido completa y rápida. Pero es sabido que, desde los primeros días, los insurrectos tuvieron la ayuda italiana, que les permitió trasladar a Europa grandes contingentes de moros. Después, la participación alemana e italiana en el conflicto se ha hecho cada vez más considerable, y, desde luego, cada vez más abierta. Las fuerzas de la República, apresuradamente organizadas, tuvieron que hacer pronto frente a la alianza fascista entera, en tanto que el resto del mundo —el mundo de la Sociedad de Naciones— adoptaba una

actitud de no-intervención desconcertante y contradictoria. Es cierto que declaraba muy alto no reconocer otro Gobierno español que el que la nación se había dado libremente. Negaba a Franco la existencia jurídica y los derechos de beligerancia; pero con un ilogismo desconcertante, pretendía aplicar al Gobierno legítimo y a los insurrectos, carentes de estatuto, una paridad aparente de trato, creando cada vez una inferioridad de hecho en detrimento de la República.

No voy a repetir aquí la demostración hecha veinte veces. Pudo creerse, el otro día, que las cosas iban, por fin, a cambiar, después del acuerdo de Nyon y del sobresalto de energía que tuvieron las potencias occidentales. Pero parece que éstas han agotado ya su valor. Ya no se habla de la retirada de las tropas italianas y alemanas, alrededor de la cual se produjo tanto alboroto hace unos días. Ni siquiera se ha tomado ninguna medida para impedir que estas tropas sean considerablemente reforzadas, según el plan que está en vías de ejecución. Por el contrario, se ha suspendido el control a lo largo de las costas, en las cuales desembarcan los italianos. ¡Y los mismos italianos, de quienes se sospecha con vehemencia que hayan sido los piratas, están encargados de vigilarlos!

Es evidente que los españoles no pueden resistir de una manera indefinida a las fuerzas combinadas de Italia y de Alemania si, lejos de aportarles la ayuda tan solemnemente prometida, las naciones occidentales les entorpecen aún su defensa con medidas equivocadas.

Es, pues, posible que la pusilanimidad de los estados democráticos y sus faltas continuadas a los compromisos adquiridos permitan en fin de cuentas a los agresores conseguir grandes ventajas.

Pero, aun en ese caso, no creo en la derrota final de la República.

Los llamados ejércitos de Franco son de hecho ejércitos alemanes e italianos. Y no es sólo el fascismo, sino dos grandes potencias las que se instalarían con sus tropas en los Pirineos y en las grandes vías marítimas. Francia ha declarado ya, de una manera precisa, que no lo permitiría, y sus intereses vitales la impiden naturalmente tolerarlo. Inglaterra está también decidida a no dejar que se ponga en peligro a sus comunicaciones imperiales.

¿Entonces? La victoria de Franco haría inevitable la guerra general. Y esta guerra se decidiría en nuestro territorio. Ya pueden esforzarse por dirigir las fuerzas francesas hacia los Pirineos, pero la suerte ha de decidirse en los Países Bajos. Siglos de historia lo demuestran. Y la historia se repite.

Si Europa cumple con su deber, la guerra de España puede terminarse muy pronto. El orden democrático y la paz pueden restablecerse en el mundo. Basta para ello con que las grandes y las pequeñas potencias tengan el valor y la previsión de aplicar el pacto lo mismo que aceptaron solemnemente los compromisos que de él dimanaban.

Si no, la guerra durará y se extenderá. Y seremos nosotros quienes espiaremos las faltas de las grandes potencias... y las nuestras.

No dudo de que, en este caso, obtendríamos en último término, la victoria; pero habríamos perdido la paz, que es la única que puede salvar todo lo que hace la vida preciosa...

LOUIS DE BROUCKERE

(«Le Soir»-Bruselas. — 25-IX-37)

Los círculos eclesiásticos ginebrinos

protestan contra una fiesta que había de celebrarse en el nuevo salón de la Sociedad de Naciones

GINEBRA, viernes. — Los círculos eclesiásticos protestaron anoche contra la recepción que había de efectuarse mañana en el nuevo salón del Palacio de la S. de N., que ha costado L. 250.000, y a la cual el príncipe Aga Khan, como Presidente de la Asamblea, había invitado a dos mil personas.

Censuran el que precisamente la Sociedad de Naciones dé fiestas en las cuales se baile y se beba "champagne", mientras que mujeres y niños son bombardeados en España y en China. El coste de esta fiesta, que se calcula en cinco mil libras esterlinas, lo paga, sin embargo, el príncipe Aga Khan.

(«Daily Express», 25-IX-37.)

Diálogo de los dos charlatanes

Los dos charlatanes y basta: Hitler y Mussolini. Los dos dictadores y sobra; sobran los dos, el *führer* y el *duce*, reunidos ahora con ocasión de un festival a la moda germana. ¿Cuál es la novedad que han aportado al mundo estos dos habladores? Si el fascismo pretende acabar con los viejos métodos, es evidente que no lo ha conseguido aún. El viaje de Mussolini a Alemania está rodeado del mismo aparato artificial de siempre y de las mismas frases artificiosas que son tradicionales en esta clase de jiras políticas.

«Mussolini —ha dicho Goebbels— estará rodeado de una ola de alegría, de entusiasmo y de amor.»

Al mismo tiempo que las adulaciones ministeriales, las precauciones policíacas. Mussolini, alegre, entusiasmado y amoroso —seductor o seducido, eso ya se verá luego— recorre su camino entre bayonetas vigilantes de la Reichwer. Bayonetas de doble filo, vigilantes en un doble sentido. Mussolini ha llegado a Berlín en calidad de estadista mediterráneo y de maleante político. Va a pedir y a prometer, a comprometer y a comprometerse. El asunto de la influencia en Austria es lo que da a la figura del *duce* esta doble condición. Sus piraterías y su descarada intervención en la guerra de España, lo que se confirma. Cabe, por tanto, preguntar si las precauciones desplegadas durante su estancia en Alemania trataban de impedir un atentado o una escapatoria.

Por lo demás, nada es nuevo en el programa del viajero. Ni su visita a la fábrica de cañones Krupp, ni los desfiles marciales, ni sus palabras. Como en el entremés cervantino, los dos habladores han llegado a encontrarse cara a cara, uno contra otro, en trance de curación o de ruptura definitiva. Ya están ahí, sobre la mesa de la política europea, aislados y ahitos al final de un banquete. Los dos piratas se hablan desde la borda de sus navíos. Pero pronto se advierte que ni el uno ni el otro hablan para el interlocutor que está enfrente, sino para los demás, para un no se sabe quién —tercero en discordia o en concordia— que pueda escucharlos a un lado, fingiendo, incluso, que no los escucha. Ese no se sabe quién, es el resto de Europa, la Sociedad de Naciones, el parlamentarismo, la democracia, la Santa Sede del catolicismo y la Santa Sede del protestantismo: Inglaterra. Es, en fin, todo lo que desprecia el fascismo por principio y lo que en este momento trata de conquistar.

Las palabras de Hitler son éstas: «Saludamos en esta hora histórica al *duce* Mussolini como el creador del nuevo Imperio romano. La visita de Mussolini es, para nosotros, mucho más que cualquier entrevista diplomática. En la base de una sincera amistad se realiza la colaboración de Italia y Alemania. El mundo está lleno de elementos peligrosos que quieren destruir la cultura europea. La amistad entre nosotros tiene su base en la concepción principal de la política. En nuestros intereses no hay nada que nos separe, sino, al contrario, el elemento que nos une. Nuestra defensa de la cultura europea y de la paz no se puede comprender como una amenaza contra otros Estados. Nuestro anhelo más fuerte es un acuerdo internacional de Europa.»

Las de Mussolini, estas otras que parecen las mismas: «Saludamos a Adolfo Hitler como el Grande *führer* que ha sabido devolver al pueblo alemán el sentido de su dignidad y grandeza. Las revoluciones fascistas y nacionalsocialistas son las revoluciones creadoras. Nuestra amistad se basa en una solidaridad activa y no en relaciones puramente diplomáticas. Nuestra amistad es la expresión de nuestros intereses comunes. Pero no estamos creando un bloque contra el otro mundo, sino que, por el contrario, queremos colaborar con todos aquellos países de buena voluntad. Ahora bien: lo que rogamos a todos es el reconocimiento y el respeto de nuestros derechos que son la base de la cultura europea.»

El *führer* y el *duce* hablan con iguales palabras y con idénticas intenciones. Disimulan el mismo miedo y aparentan semejante audacia. Ellos dos —a solas y a flote sobre las olas del amor— propugnan la paz de los pueblos.

No quieren que haya guerra. Una guerra destruiría sus mejores esperanzas. Lo que ellos quieren es evitar la guerra y con ella la derrota. Quieren saltarse el albur de la bélica contienda y obtener, de un salto y sin lucha, la victoria.

LA GUERRA EN ESPAÑA

Del folleto de Louis Fischer, "The War in Spain"

y III

Actualmente, la España leal es una democracia. El 15 de abril, casi en la misma semana en que Franco abolía todos los partidos, excepto el partido fascista, el Presidente del Consejo, señor Largo Caballero, interrogado por una delegación de mujeres británicas, miembros de la Cámara de los Comunes, entre las que se encontraban la duquesa de Atholl, Ellen Wilkinson, Dame Rachel, Crowdy y Eleanor Rathbone, que le preguntaron si España se convertiría en un Estado soviético, dió a esta delegación la «seguridad de que España será una democracia parlamentaria que sabrá servirse de la experiencia de la guerra civil». Insistió en que su opinión se fundaba tanto en consideraciones políticas como en consideraciones morales. Entre los diversos partidos políticos que mantienen el Gobierno legítimo, se ha despertado un sentimiento de unión y de solidaridad que sobrevivirá a la guerra, sin que ninguno de ellos intente imponer a los demás su propio programa. La duquesa de Atholl, después de la entrevista con Caballero, se hizo esta reflexión: «La guerra de España es una guerra por la libertad. Las tropas del Gobierno luchan tanto por la independencia de España como por la seguridad de Inglaterra y de Francia.»

Las exigencias de la guerra limitan la libertad de los individuos, pero el Frente Popular es, en su esencia, democrático, porque está formado por partidos de idearios diversos; lo que el Gobierno legal significa es el resultado de concesiones entre los diferentes grupos. El lema democrático, adoptado en España por los comunistas, demuestra que éstos no tienen intención de establecer en dicho país una dictadura dirigida por un solo partido, como en Rusia. En España, las condiciones son diferentes: los comunistas no quieren suprimir a los anarquistas, ni a los socialistas, ni a los republicanos de izquierda, ni a cualquiera otro grupo antifascista. Todos estos partidos están unidos para combatir a Franco. El Frente Popular reúne a los elementos más diversos, y no sin razón, el 8 de febrero, Lord Cambronne, subsecretario de Negocios Extranjeros de la Gran Bretaña, contestando a una pregunta que se formuló en la Cámara de los Comunes, declaró que «el Gobierno británico sabía que el de Valencia había sido legalmente constituido y representaba a todos los partidos españoles, excepto a uno o dos grupos».

El Frente Popular comprende desde la extrema derecha a la extrema izquierda. Va, por el lado conservador, hasta los católicos vascos, que, separados geográficamente del resto de la España leal, defienden, no menos enérgicamente, su país y la autonomía que les fué otorgada por las Cortes el primero de octubre de 1936, contra el asalto de los moros, italianos y alemanes anticatólicos, que cometieron el salvaje crimen de Guernica. Yendo de derecha a izquierda, nos encontramos con los republicanos burgueses de derecha —comprendiendo el partido de Izquierda Republicana, el de Unión Republicana y la Izquierda Catalana— que representan la opinión de los intelectuales y de la clase media, de los pequeños comerciantes y de los pequeños terratenientes. Luego, vienen los socialistas moderados, los socialistas de izquierda, los comunistas y los anarquistas. El Frente Popular es, pues, una coalición de partidos capitalistas y anticapitalistas, que muestra con notable claridad la esencia de la lucha española. Los

católicos vascos, combaten a Franco porque ha declarado sus intenciones fuertemente centralistas. En una entrevista concedida a Roy Howard, del consorcio de periódicos «Howard-Scripps», el cabecilla rebelde ha dicho que no toleraría la autonomía catalana. Los vascos están seguros de que anularía su Estatuto de libertad y, aunque el partido Nacionalista vasco es esencialmente burgués, se ha aliado, así como los republicanos de izquierda, a los proletarios y a los campesinos, porque se da cuenta de que los antiguos dirigentes de España, faltos de inteligencia, han llevado a la nación al borde del fracaso económico y político.

Desde el punto de vista interno, la guerra de España es una lucha entre las fuerzas tenebrosas que están dispuestas a sacrificar al país para salvar su sistema feudal, y todos aquellos que piensan que el único medio de hacer una España próspera y feliz es reconstruirla sobre una nueva base. Teniendo que escoger entre una estructura social podrida, basada en un sistema de grandes latifundios, cuyos propietarios no viven siquiera en sus tierras, y una nueva economía, los capitalistas, que saben mirar al porvenir, destruidos por esta alternativa, han escogido la segunda solución, después de que la mala voluntad de los reaccionarios, durante los primeros cinco años de la República, hizo imposible una solución intermedia. Los mejores espíritus burgueses de España son partidarios del Gobierno, porque quieren a su patria y desean su libertad. Franco y el fascismo destruirán una y otra.

Bajo los dos Gobiernos Azaña, la burguesía liberal española se esforzó en hacer algunos cambios que habrían permitido mejorar las condiciones materiales en el interior y colocar a España en el camino del progreso. Pero fueron detenidos a cada paso por los partidarios de Franco. Y, precisamente, en medio de uno de estos períodos de comedidas reformas burguesas, fué cuando Franco se rebeló para aplastar a la República.

Azaña, Martínez Barrio, los católicos vascos y los grupos burgueses que poseían algo, están hoy seguros de que una victoria fascista hundiría a España en la miseria, mientras que el triunfo de los leales, le sería provechoso. Para que España pueda ser feliz, parte de la burguesía ha aceptado de buena gana una alianza con el proletariado. Desde este punto de vista, la guerra civil española se diferencia considerablemente de la guerra civil rusa.

El socialismo ha progresado mucho en la España leal. Sin embargo, el capitalismo existe siempre y el Gobierno no tiene la intención de aplastarlo. El Partido Comunista ha proclamado, por medio de carteles, la necesidad de proteger a los pequeños propietarios de las ciudades y del campo, y los restantes partidos de izquierda han realizado propaganda en igual sentido. La participación de los partidos burgueses en el Gobierno es también un símbolo: se trata de demostrar a los capitalistas de la España fascista y al mundo exterior que el Gobierno no pretende establecer un Estado soviético o un régimen comunista después de su victoria.

Lo que ocurra en España, cuando cesen las hostilidades, dependerá de las circunstancias.

No serán muy favorables para la reconstrucción, experiencias que recrudezcan las hostilidades de algunas clases. La duración de la guerra civil determinará, cuando ésta haya concluido, muchos aspectos de la política social.

En mayo de 1937, el Gabinete de don Juan Negrín sucedió al del señor Largo Caballero. Nacido en las islas Canarias, antiguo profesor de

la Facultad de Medicina, el doctor Negrín posee vasta cultura, decisión y rara habilidad para actuar y organizar. No deja ocasión de libre respiro a los enemigos del régimen que han permanecido al servicio de la República o a aquellos grupos que, con actos de indisciplina, pudieran comprometer la cohesión del Frente Popular.

La guerra civil es el punto culminante de los odios partidistas; exagera estos odios. Las disensiones se afirman más agudamente que nunca entre los dos partidos adversos y ambos confiesan su intención de aniquilarse mutuamente.

Cuando las pasiones están así desatadas, la mediación extranjera y la preparación de un armisticio, consiguientemente, son empresa difícil.

La guerra civil española no ha sido una fiesta campestre. Multitud de leales destacados vivían en el territorio de Franco, e innumerables partidarios de la sedición estaban en poder de los leales. Podían apalearse a sus enemigos respectivos; en los dos lados se intentó hacerlos inofensivos. Cuando el Ejército rebelde asedió Madrid, el general Mola, encargado a la sazón de las operaciones, anunció imprudentemente que «cuatro columnas avanzaban por diferentes sitios, y una «quinta columna», compuesta de simpatizantes activos, les esperaba en el interior de la capital para recibirlos y reforzarlos».

¿Qué más natural para el Gobierno que buscar a aquellos de quienes se sospechaba como pertenecientes a esta «quinta columna»? Franco no actuó de otra forma; cuando tomaba algún pueblo o ciudad, su policía especial se apresuraba a detener a los hombres y mujeres que, según informes, habían intervenido en la lucha republicana.

Hay notables diferencias entre las que pudiéramos llamar «atrocidades» de los leales y las de los rebeldes. Las atrocidades en las zonas rebeldes han sido mucho mayores, por una razón bien sencilla: Había más simpatizantes leales, que rebeldes en territorio leal. Hay que tener en cuenta que muchos reaccionarios, grandes propietarios, industriales y fascistas, fueron prevenidos oportunamente y huyeron antes del comienzo de la insurrección. Los millones de hombres del pueblo que quedaron expuestos a la venganza de Franco, sobrepasa en mucho al número de partidarios de los rebeldes que cayeron en manos de los leales. Las atrocidades en el territorio leal han sido cometidas por individuos o grupos que actuaban por propia iniciativa, al margen de la autoridad del Gobierno y de los Tribunales. Pero la autoridad del Gobierno se impuso; prohibió los actos de terrorismo y se castigó a quienes no obedecieron. Los rebeldes, espías o no, continuaron, naturalmente, cayendo en poder de la policía; se les sometía y se les somete, a los Tribunales de justicia, que los juzgan públicamente y les es dado apelar contra la sentencia.

Esas «atrocidades» cometidas en la zona leal, son un efecto del desorden producido cuando una pequeña, aunque poderosa minoría, intentó derribar un Gobierno muy popular. Pero el número de excesos decreció regularmente, y al cabo de seis meses de guerra civil no se oyó hablar más de ellos en la España republicana.

En el territorio de Franco, las atrocidades han sido continuas. No son un accidente, sino la consecuencia de una política permanente, un arma contra la oposición. Sin embargo, la oposición se manifiesta en el mismo sitio del cual se intentó extirpar. Franco ha previsto estas posibilidades del Gobierno. En Tánger, el 29 de julio de 1936, declaraba a un corresponsal del «News Chronicle», de Londres, que

«salvaría a España del marxismo a cualquier precio». «¿Esto quiere decir que tendrá usted que fusilar a media España?», preguntó el corresponsal. Franco contestó: «SE LO VUELVO A REPETIR: A CUALQUIER PRECIO.»

El terror rebelde tomó la forma de ejecuciones individuales, de ejecuciones en grupo y de ejecuciones en masa. Los ejemplos forman legión. En el «Evening Journal», periódico franquista de Nueva York, de 5 de mayo de 1937, H. R. Nieckerboecker, relataba: «Yendo un día hacia el frente, cerca de Santa Olalla, pasamos ante cinco viejas, que acababan de ser fusiladas por un pelotón de ejecución y cuyos cuerpos yacían en una fosa. Eran campesinas acomodadas, bien vestidas y como de unos sesenta años... Algo más lejos, en el pueblo de Alcorcón, encontramos los cuerpos de dos milicianos rojos muy jóvenes, atados espalda contra espalda, con un alambre, que habían sido quemados vivos.» Pero, como Franco dirigía una rebelión de minoría contra un pueblo, se ha visto obligado a introducir un sistema especial de terrorismo: las atrocidades al por mayor.

El asesinato con ametralladora de unos dos mil leales en la plaza de Toros de Badajoz, se ha reconocido como hecho histórico. Cuando los rebeldes se apoderaron de Toledo, el Gobierno había logrado evacuar dos hospitales, pero no tuvo tiempo de vaciar el tercero. Los moros, mandados por españoles, se acercaron al hospital. El médico director les salió al paso. Inmediatamente, fué derribado de un tiro. Luego, los soldados rebeldes fueron de sala en sala lanzando granadas contra los heridos acostados. Más tarde, mataron igualmente a todos los médicos y enfermeras. Este hecho auténtico ha sido contado con todo detalle en la Cámara de los Comunes por miembros del Parlamento británico que hicieron investigaciones en este sentido.

Estas matanzas no son raras. Desde hace varios meses son bombardeados barrios puramente civiles de Madrid, por la artillería y por la aviación, sin que Franco persiga con esto ningún objetivo militar. Es la mayor atrocidad, no solamente de la guerra civil española, sino de los tiempos modernos.

Un exterminio en tan gran escala, refleja muy bien la fisonomía de Franco y sus proyectos futuros. Los leales también habrían podido bombardear poblaciones civiles. Se ha hecho presión a menudo sobre el Gobierno para llevarle a la venganza, por ejemplo, del continuo bombardeo de Madrid, haciendo lo mismo que los rebeldes. Pero el Gobierno se ha negado a acceder a esta presión.

Los pilotos leales no han escogido ni una sola vez como blanco a la población no combatiente, mientras que los aviadores y los artilleros de Franco lo realizan por sistema. Tiene que haber una razón que explique estas actitudes diferentes. El Gobierno legítimo espera, con confianza, el momento en que, terminada la guerra, haya de gobernar a toda España con el consentimiento de sus súbditos, y no quiere en absoluto destruir inútilmente a una parte de la población. Franco sabe que si gana no podrá gobernar, sino con bota de hierro y con el apoyo de las bayonetas extranjeras. En tales condiciones, la opinión de las masas no cuenta para nada. No puede obtener su favor en ninguno de los casos. El terror, provocado por las ejecuciones constantes explica ese orden y esa paz que algunos observadores han visto que reina en el territorio de Franco; el terror facilita su sustentación.

El problema para Franco consiste en encontrar un número suficiente de españoles que luchen por

su causa; este problema sigue siendo insoluble. Sin Hitler y Mussolini, Franco hubiera dejado de existir. Cuando se trató la cuestión de la retirada de España de las tropas extranjeras, John T. Whitaker, experimentado corresponsal del «New Herald Tribune», telegrafió desde Roma (23 de mayo 1937): «Por aquí se cree que aún no ha llegado el momento de la retirada de los voluntarios, pues, sin la ayuda extranjera, las fuerzas de Franco sucumbirían ante el empuje de los leales españoles.» Sin embargo, Franco ha recibido material y ha gozado del apoyo de unos 90.000 soldados, bien entrenados, italianos y alemanes.

A pesar de que las potencias fascistas han expedido a Franco ejércitos enteros, su presencia no les ha permitido sacar provechosos resultados. En los primeros días de febrero de 1937, los rebeldes tomaron Málaga, e Italia se atribuyó esta victoria. Según las declaraciones de la Prensa transmitidas al «New York Times» el 10 de febrero de 1937 por su corresponsal en Roma: «El núcleo de resistencia del general Queipo de Llano está constituido por los 16.000 italianos desembarcados en Cádiz a principios de año. En las operaciones han participado 60 aviones alemanes de bombardeo.» Estos informes proceden de la agencia oficial italiana «Stefania».

Sin embargo, en marzo, cuando se encontraban agrupadas en el frente de Guadalajara varias divisiones italianas que intentaban cercar Madrid, fueron derrotados por los leales en la famosa batalla de Brihuega. Las fuerzas del Gobierno hicieron dos mil prisioneros italianos y se apoderaron de una enorme cantidad de equipos italianos y de documentos oficiales procedentes de Roma.

Si España estuviera herméticamente cerrada y la No Intervención fuera una realidad, el Gobierno leal vencería en pocos meses. Si se retirasen los combatientes extranjeros, la ventaja sería para los leales. Esta es la razón por la que Italia, cuyos intereses en el Mediterráneo son mucho más importantes que los de Alemania, duda en renunciar a su invasión de España. España es una etapa de la lucha secreta que se desarrolla entre los imperios británico e italiano y que se convertirá sin duda en el elemento principal de la historia de Europa en un inmediato porvenir.

En París, en Londres y en Moscú, se espera que España haya dado a Berlín y a Roma una lección de prudencia. Han visto defectos en sus armamentos. También es posible que los alemanes se hayan desengañado de sus aliados los italianos, y viceversa. Al probar sus fuerzas en España, puede que los mismos deseos de provocar a las democracias que tenían antes de la guerra civil.

El curso que vaya a seguir la guerra civil no puede juzgarse por un telegrama sensacional que aparezca en los periódicos una mañana, sino por la perspectiva más vasta de las analogías y los cauces fundamentales de la Historia. Napoleón envió a España ejércitos gigantescos, centenares de miles de hombres, consagró largo años al intento de someterla. Su fracaso es un mal presagio para Hitler y Mussolini. Desde 1914 a 1918, Alemania ganó casi todas las batallas, y al fin, desgarrada interiormente por dificultades sociales, teniendo frente a ella un grupo de aliados económicos superiores, perdió la guerra. El mapa no refleja exactamente la situación militar española. En diciembre, Franco, a pesar de haber llegado hasta las puertas de Madrid, estaba casi vencido. No se

(Continúa en la página siguiente)

De la conquista etiópica a la intervención en España

La Italia fascista ha declarado en varias ocasiones que no daba importancia alguna al reconocimiento oficial de la anexión de Etiopía. Oponía la «realidad» de esta anexión a las «palabrerías» jurídicas de la S. de N., que la dejaban indiferente.

La verdad es muy otra. Quizá no hay problema que más preocupe a Mussolini, y no cuentan ya sus tentativas para obtener de Londres, París y Ginebra el reconocimiento del «hecho consumado».

Es que, a pesar de las matanzas y de los feroces métodos empleados por el «virrey» Graziani, el «hecho consumado» está aún lejos de serlo. Las poblaciones permanecen hostiles, y si llegase ahora una guerra, Abisinia sería para Italia mucho más que una base «imperial»: sería una fuente de dificultades.

De aquí la insistencia del Duce para que Inglaterra y Francia acepten definitivamente la supresión de Etiopía como Estado. Al comienzo de la actual sesión de Ginebra, Italia había maniobrado para intentar que Etiopía fuera excluida de la S. de N. (de esa S. de N. que simula despreciar cuando no puede servirse de ella). Los manejos fracasaron y el «Giornale d'Italia» se quejaba amargamente: «La primera, y quizás la mejor ocasión —decía— para inscribir a Etiopía en el Libro de los Estados desaparecidos se ha dejado desperdiciar deliberadamente. Y lo que más lamentamos es que esta eliminación del problema se ha producido por la voluntad de Inglaterra».

¿Por qué intenta Italia de tal manera «legalizar» su ocupación de Etiopía? Es que quiere continuar con más tranquilidad la transformación de este país en una colonia de reclutamiento y en una base estratégica para una futura acción contra las posesiones inglesas y francesas de África.

Al desencadenar la ofensiva contra Etiopía, Mussolini se ha propuesto continuar el programa que Crispi debió abandonar. Este programa está expuesto en las cartas de Salsa, Jefe del Estado Mayor de las tropas italianas en Eritrea, publicadas en 1935.

En una de estas cartas, fechada en 1895, el mayor Salsa escribía: «Hay que tener en cuenta las enormes ventajas que nos proporcionará la conquista de Abisinia... Sería un error imperdonable no saber aprovechar los acontecimientos favorables que darán a Italia el primer puesto en África. Pues hay que convencerse de esto: dentro de algunos años, África pertenecerá a quien domine en Abisinia en esa región que domina los dos

principales países de África, y de la que se pueden sacar los soldados necesarios para combatir y vencer en las luchas que no dejarán de estallar en este continente».

Si se tratase de apaciguar tal o cual reivindicación territorial en África o en otra parte, para asegurar de una manera estable la paz del mundo, creemos que habría que ir muy lejos, pues lo que se arriesga bien valdría algunos centenares o millares de kilómetros cuadrados.

Pero los regímenes fascistas no son, no quieren ser «estáticos»; según su propio lenguaje y su propia organización interior, no pueden detenerse. Para Alemania, la ocupación de la Renania provoca la reivindicación de las colonias, y si se recuperasen éstas, se presentaría como nunca el problema de la «tierra del sol», de la marcha hacia el Este, del «Deutchtum» y así sucesivamente. Para Italia, Etiopía no es más que un punto de partida: en lugar de pasar a la categoría de las «naciones satisfechas», la conquista de Etiopía la ha arrastrado a la intervención en España, a la lucha por la «igualdad de derechos» en el Mediterráneo, a la acción entre los árabes para despojar a Inglaterra y a Francia del cercano Oriente y del África del Norte.

Para encontrar de nuevo un equilibrio a Europa, todas las concesiones, todos los compromisos; pero ante los regímenes que quieren instalar en el mundo la guerra permanente, no hay más que una política posible, la de la obstrucción, la de la firmeza, la de la resistencia.

* * *

La otra tarde, los encargados de negocios franceses e ingleses hicieron una nueva gestión en Roma, para precisar las condiciones de un «detente» entre los tres países.

Esta gestión no ha tenido como motivo los convenios de Nyon sino la situación en España.

Inglaterra y Francia han hecho saber que no podían contentarse con las declaraciones más o menos tranquilizadoras, sino que estimaban que Italia debía dar garantías concretas. Estas garantías se refieren ante todo a la retirada de los «voluntarios» que se encuentran en España y el cese de envío de nuevos contingentes.

El frente franco-británico de Nyon se ha vuelto a encontrar también en el problema español. Si esto continúa y se consolida, tendremos la «tregua» tan esperada. Y no hay otro camino para llegar a ella.

ANDRE LEROUX

(«LE POPULAIRE». — 25-IX-37)

La guerra en España

El territorio conquistado, sino los recursos materiales, morales y humanos de las dos partes contendientes los que determinarán la solución del conflicto. La cuestión no es simplemente saber quién ha rechazado a quién, en el combate del día, sino lo que la victoria, si ésta ha sido de Franco, le ha costado en hombres y en armas y si ha desmoralizado a los leales, o bien, si, por el contrario, les ha hecho comprender la necesidad de una mayor disciplina y cohesión política.

Los recursos de Franco son limitados. Cuenta en primer lugar con el extranjero, y, como escribía Nieckerboecker en el «Evening Journal», «el general Franco se ha abstenido de movilizar muchos campesinos y obreros, pues no podía fiarse de ellos en la misma medida que los gubernamentales». Sin embargo, los leales están formando un Ejército de masas cuyas cualidades combativas, cuadros de oficiales, equipos, etc., mejoran regularmente. Gozan, además, de una potente reserva financiera que, según declaración que hizo en Madrid el mes de abril de 1936, el ministro de Hacienda, alcanzaba entonces la cifra de 2.227.000.000 de pesetas oro y 686.000.000 de pesetas en plata y que no era menor en el mes de septiembre del mismo año.

Los leales tienen en Barcelona, principal centro metalúrgico de España, establecimientos que comienzan a producir cantidad de municiones que crece de día en día; reciben nueva fuerza por la eliminación de los antiguos oficiales del Ejército cuya abnegación por la causa antifascista era dudosa. Las reservas de fuerza del Gobierno de Valencia, no están, ni mucho menos, agotadas; de hecho, apenas se ha recurrido a ellas, y esto es lo importante. Los leales no han explotado aún todos los medios para mejorar su posición; el tiempo actúa por ellos. A medida que pasan los meses, la actividad del Gobierno se caracteriza por una intensificación de su esfuerzo, por una mayor firmeza en sus proyectos, mantenidos por un entusiasmo popular más ardiente. El Gobierno descubre continuamente nuevos tesoros de energía, se muestra seguro del éxito final.

La solución de la guerra civil tendrá profundas repercusiones en los asuntos internacionales y en el desarrollo social del mundo. Pero, unido estrechamente a esto, se presentará una cuestión primordial: el porvenir de España.

Por primera vez desde hace varios siglos, el pueblo decide su suerte por la guerra civil. Exigirá, una vez terminada la guerra, continuar

haciéndolo. El trastorno social que la lucha trae consigo ha producido un fermento que no desaparecerá en seguida. Millones de hombres que eran considerados como rebeldes, como mecanismos capaces de cavar la tierra o de vigilar las máquinas, se han dado cuenta del papel que pueden y deben desempeñar en la organización de su vida y en la de su país. Este descubrimiento, en un período revolucionario, es la chispa psicológica que hace surgir, para el cumplimiento de la transformación nacional, cantidades infinitas de fuerzas físicas e intelectuales. Nuevas capas de humanidad, separadas hasta entonces por una delgada corteza de aristocracia y plutocracia, han sido llevadas a la superficie y piden ocasión de manifestarse. Franco las hundiría de nuevo en las profundidades.

España ha esperado, demasiado pacientemente, este despertar. Es rica en inteligencia y en recursos naturales y puede prestar a Europa y a la Humanidad entera, muchos más servicios de los que hasta ahora ha prestado.

Los jefes leales, y sobre todo don Juan Negrín, se emocionan cuando hablan de la reconstrucción de España bajo un nuevo régimen.

Los ingenieros construirán presas

La soledad de los dictadores y el pacto de agresión

Dos consecuencias pueden obtenerse hasta ahora de la entrevista Hitler-Mussolini. Las únicas concretas y de claro y acusado rasgo.

Primera. — Acordes en la totalidad de sus propósitos, o discrepancias en algunas de sus manifestaciones más o menos esenciales, Hitler y Mussolini se desenvuelven, ahora más que nunca, en un aislamiento casi sin precedentes en la política internacional europea. Desde todas las cancillerías se ha seguido su viaje con la atención que el suceso merece. Con interés, con prevención, hasta con temor si se quiere. Pero sin que se acuse por ninguna parte, el menor síntoma de solidaridad ni de coincidencia. El recelo y la preocupación han florecido, en cambio, de una manera sintomática por toda Europa.

Segunda. Los dictadores se han reunido para destacar una mutua solidaridad, en la que estaban previstos los alardes militares. Sus visitas, sus palabras, su actitud — asistencia a las maniobras militares que se han desarrollado en la línea de la frontera germanobélica, su comparecencia en las fábricas de material de guerra instaladas en Essen, sus discursos — todo acusa la preparación de un espectáculo intimidatorio.

Podríamos parangonar la parada de los dos dictadores con la discreción y las maneras «normales» a que se han atenido los ministros de la Guerra de Inglaterra y Francia, cuya coincidencia en las maniobras militares del Ejército francés acaba de producirse días pasados. Y acaso encontrásemos en tal parangón muchos de los motivos esenciales que han movido por dentro la algarada totalitaria.

Sería fácil aportar un número considerable de explicaciones a la entrevista Hitler-Mussolini. De tal manera ha sido abundante su cosecha, antes y después de su realización. Pero sin olvidar que el espectáculo a que hemos asistido en estos días estaba preparado y anunciado con anterioridad a la firma del Pacto de Nyon, cuyas repercusiones tanto se señalan ahora entre los móviles de la entrevista. No nos parece, por ello, que la entrevista tenga por base, por tema de fundamento, ni lo ocurrido en la Conferencia de potencias mediterráneas ni el curso de la Asamblea de la Sociedad de Naciones. El propósito de la entrevista nació en el mismo día que Hitler, acuciado por su ministro de Economía, aquel inefable doctor Schach, que ya dejó de ser consejero oficial del «führer», que regresaba de su «viaje económico» a París con una sensación de aislamiento angustioso, inició su acercamiento a Inglaterra con unas negociaciones que a su tiempo tuvieron publicidad y comentario. Se anunció entonces el viaje, y no llegó a realizarse. Con el aplazamiento coincidió el intercambio de aquellas famosas cartas que fueron de Londres a Roma y de Roma a Londres, firmadas por Neville Chamberlain y por Mussolini. Ocurría que ambos dictadores, agobiados por una situación económica de solución tan urgente como difícil, intentaran acogerse a la atrayente libra

esterlina, sin miramientos de competencia. Y así se vieron desnudos el uno frente al otro y al borde de la separación más insospechada.

Aún no se sabe, fuera de los estrechos círculos gubernamentales de Inglaterra, cuáles fueron las condiciones que en aquel momento señaló la Gran Bretaña para la negociación que murió apenas nacida. Pero Hitler no ha dejado nunca de intentar el juego de esta carta. Sus declaraciones de hace no más de tres semanas a la Prensa Rothermere lo expresan muy claramente. Y cuando ya se cruzaba en las actividades totalitarias la Conferencia de potencias mediterráneas, y, sobre todo, lo que ya se llama «invasión del Mediterráneo», por las flotas de guerra inglesa y francesa, la entrevista se produce. Mussolini, con una sensación de aislamiento como no la había sentido hasta ahora, es quien precipita el viaje suspendido. El aliado alemán puede escaparse, justamente cuando Inglaterra y Francia acaban de ganar la batalla del Mediterráneo.

He aquí, pues, una entrevista que puede pasar a la Historia con el nombre de «la entrevista del recelo». Y ni el espectáculo de las maniobras, ni las visitas a las fábricas de armas, ni los discursos, ni los abrazos pueden disipar nada de esta realidad. En su aislamiento, en este ambiente de aislamiento que perciben y comprueban cada día, los dictadores se miran, y sobre todo, el que se siente más solo —Mussolini— acude hacia el aliado en propósitos, con la demanda de una solidaridad concreta frente a los riesgos de guerra por el mismo creados y alimentados. Mussolini busca un pacto concreto de guerra; busca la garantía de un apoyo eficaz de Alemania para su política de agresión en el Mediterráneo. Que la obtenga, o no, es cosa que no puede deducirse hoy de sus palabras ni de las de Hitler (la intimidación no cuenta en sus maneras de política internacional). Las conductas del uno y del otro nos darán muy pronto la clave del problema.

JUAN DE AGUIRRE.

El éxito de nuestra música en la Exposición de París

VALENCIA, 28. — Se ha facilitado a la Prensa noticias oficiales procedentes de París, informando que, con motivo de la Exposición que se celebra en la ciudad capital, el Comisariado del Gobierno español en aquel certamen internacional, organizó los días 21 y 22 del actual dos conciertos de música española, en el teatro de los Campos Elíseos, con el concurso de la Orquesta del Conservatorio.

Se ejecutaron obras sinfónicas españolas ante numeroso y selecto público, añadiendo estas noticias que figuraba el embajador, señor Ossorio y Gallardo, y demás personal de la representación diplomática.

Repite la nota que el éxito alcanzado en ambas audiciones fue brillantísimo.

y desviarán las aguas bienhechoras hacia los campos ardientes de Castilla, de Andalucía y de Extremadura, dando así más alimento, instrucción y salud al campesino desgraciado. Los ferrocarriles y los puertos tomarán mayor desarrollo, las montañas entregarán los tesoros de sus minerales, y las minas, ya explotadas, lo serán de tal forma que toda la nación, y no tan sólo algunos privilegiados, se beneficiará. Las capas sociales recientemente creadas y aún frescas, pro-

ducirán nuevas riquezas. Se crearán continuamente nuevas industrias para utilizar las energías del pueblo y procurarles comodidades y esparcimiento. España entrará en Europa y ayudará a reconstruirla.

Cuando la muerte se aleje de los campos de batalla, habrá nacido España por segunda vez. Sólo esto podría justificar tal carnicería; pues el hecho de que España volviera a su letargo tradicional, equivaldría a burlarse de los muertos, torturando a los que sobrevivan.

Los nazis frente a la iglesia Continúan las persecuciones, detenciones y hasta los "suicidios" de sacerdotes

BERNA.—Continúa la persecución religiosa en Alemania. La campaña contra la iglesia no cesa, empleándose para ello todos los procedimientos. En Sarrebruck han sido detenidos el cura de Iriedrichthal, dos monjas y el sacristán de dicha población.

En el domicilio del sacerdote Reich, se hizo un registro, que duró doce horas.

Ante el tribunal especial de Düsseldorf han comparecido varios procesados, hombres y mujeres de las regiones de Duisburgo, Hamborn y Hoerde, acusados de haber hecho propaganda en favor de la Asociación internacional de los escrutadores de la Biblia.

Durante la vista se ha sabido que uno de los «escrutadores» de la Biblia, M. Paul Lesniewski, de 35 años, se había suicidado en su celda, lo que significa, en realidad, que ha sido asesinado por la Gestapo en el transcurso de los interrogatorios.

Y ahora, el proceso se instruye en razón de unas pretendidas confesiones de aquél.

El principal acusado, M. Peters, ha rehusado contestar ante el tribunal especial.

Se ha condenado a los procesados a penas de dos años de prisión.

En Bald Rillingen (Sarre) han sido expulsados de su convento cerca de las fuentes termale de aquel lugar, los hermanos católicos, que han tenido su residencia allí durante siglos. El convento ha sido ocupado por una sección de enfermeras nacional-socialistas.

Se ha prohibido la circulación y venta por el territorio del Reich del semanario católico «La salud dominical del presbítero».

Se sabe que también en Brandeburgo se ha dado otro caso de «suicidio» en la prisión. Y el que ha atentado contra su vida es un sacerdote.

A este se le había encarcelado acusándosele de haber introducido publicaciones de oposición. Este hecho se negó por el sacerdote al que se le torturó en la prisión. Y ahora se ha informado al ordinario episcopal que dicho sacerdote se ha «suicidado».

Después de tantos crímenes sin castigo

Como en el desenlace de la más clásica novela policiaca, la larga serie de crímenes misteriosos que, desde hace años, ha tenido efecto en Francia, acaba de hacerse, de repente, comprensible.

En cada uno de estos crímenes, vemos de nuevo, con mayor o menor claridad, la misma mano, el mismo origen, la misma organización y, sobre todo, se presiente que los asesinos han perseguido siempre el mismo fin. Más que cualquier detalle, esta continuidad rompe el misterio de estos crímenes.

«Se ha colmado la medida», escribía «Vendredí», la semana pasada. Al decir esto, nuestro periódico era el intérprete fiel de la inmensa mayoría de nuestro país. De todo el país, podemos decir, porque solamente los cómplices en estos asesinatos y en estas provocaciones no comparten nuestra indignación, pero los provocadores y los asesinos no pueden ser considerados como ciudadanos. No son más que un puñado de miserables que deben ser apresados por la justicia. La nación no tiene por qué discutir con ellos.

Pero estos cómplices —pagados o ciegos de fanatismo— no son más que los comparsas de una vasta organización criminal extranjera, la cual no ha dejado de trabajar para derribar con el puñal o la pistola todo lo que se oponía en nuestro país a sus fines, y no ha cesado de esforzarse por desencadenar en Francia acontecimientos que consideraba susceptibles de ponernos a unos contra otros. Su objetivo evidente no era otro que la ruina de la comunidad francesa. Esta organización criminal obra bajo la apariencia de la pasión política, cubre con una ideología como el conspirador se emboza en su capa; pero sus verdaderos objetivos se llaman África del Norte, Mediterráneo, Córcega, Niza y Savoya. Labora por la muerte de Francia, porque sólo esta muerte proporcionaría la herencia capaz de salvar el Estado cuyos intereses defiende.

Ni los más escépticos, ni los más tímidos pueden sustraerse ya a la evidencia. Demos, una vez más, la relación terrible de esos crímenes impunes que quedaron en el «misterio». Asesinato en Marsella, del rey de Yugoslavia y de nuestro ministro de Relaciones exteriores. Asesinato de Navachine. Sucesos de Clichy. Affaire Garola. Affaire Laetitja Toureaux. Bomba sobre rápido París-Vintimille. Bombas en el túnel de Cerbere. Destrucción de los aviones de Toussus-le Noble y de Villeneuve-sur-Lot. Asesinato de los hermanos Rosselli. Bomba en el edificio de la Confederación General patronal francesa. Ataque al submarino español en Brest.

En todos esos crímenes, todas las pistas, abandonadas con demasiada prisa, se dirigen al mismo sitio. Nos descubren a los mismos terribles ejecutores, a la misma partida de «anarquistas», que tiene puesto de honor en los Estados totalitarios. Descubre el origen de las armas empleadas, ya sea la pistola ametralladora, la bomba o el puñal. (Hagamos constar, de paso, que «Vendredí» fué el único periódico que, a su tiempo, reveló el origen italiano de la pistola ametralladora que mató al rey de Yugoslavia y a Barthou.) Todas estas pistas revelan los objetivos perseguidos y la permanencia de la organización responsable de todos esos crímenes.

Esto colma ya la medida, repetimos. No hay que detenerse ante la casa a la cual conducen todas esas pistas. Es preciso reducir a la impotencia a esta organización criminal, aunque esté amparada por Italia, o con más exactitud, por el Gobierno fascista de Roma.

Quisiera dirigirme aquí al hombre responsable de los destinos de nuestro país, al Presidente del Consejo de ministros del Gobierno de la República francesa.

No tenemos costumbre en «Vendredí», de deambular por los pasillos ministeriales. Servimos a los Gobiernos de la República a nuestra manera, que creemos la buena estando más cerca de la opinión pública y de los ciudadanos que del Poder. Lo que voy a exponer al señor Chautemps quizá no lo hubiese escrito si hubiese podido decirlo de viva voz. Tengo la seguridad de que las cosas son mejor así, que nuestro servicio, por ser público, será, tal vez, más eficaz.

Quiero, pues, decir a Mr. Chautemps, que ya se ha encontrado una vez en su vida política, frente a frente con las hazañas de los gangsters. Quiso obrar con astucia con ellos, y ya sabe lo que ocurrió después. Por haber desdenado la fuerza de la mentira y del cinismo, va a nuestro país sacudido por sucesos terribles, que no pudieron ser dominados sino haciendo uso de toda la energía y de toda la lucidez cívica de que son capaces los franceses.

Hoy, que se producen hechos de bandadaje político sin precedentes también está en el Poder M. Chautemps. No hace falta ser profeta para afirmar que ni la sutileza ni la habilidad serán suficientes para reducir la terrible empresa que se ofrece a nuestros ojos. Se necesitará energía, resolución y valor. Si nada se hiciera en este sentido, seguro que mañana sería peor que hoy.

Decimos, pues, a nuestros políticos responsables —con una especie de afecto nacido de las luchas realizadas en común, pero con firmeza— que son responsables ante la República, ante Francia y ante la paz, de los acontecimientos que puedan producirse mañana. En el dominio de la sangre y del asesinato, nada disculparía la debilidad ni siquiera el deseo de evitar complicaciones internacionales. Porque si un Estado vecino, ya sea Italia o Alemania, fuera capaz de llegar a la guerra porque nuestro Gobierno pusiera término, en nuestro territorio, dentro de la plenitud de sus derechos, a tales empresas criminales, es evidente que, desde hoy, no estaríamos en paz, sino en guerra abierta. ¿Qué país podría reprocharnos acción tan legítima?

La condición de la paz no puede consistir en dejar hacer a los asesinos internacionales. Estamos acostumbrados, desde hace años, a discutir con el absurdo, pero este absurdo de ahora no tiene ninguna probabilidad de llevar el desorden a los espíritus franceses. ¿Quién quiere levantarse para defender el derecho al asesinato en el territorio de Francia?

Al terminar, quisiera decir lo que me parece más imperdonable en esta larga serie de crímenes que ha deshonrado demasiado tiempo a nuestro país: es la voluntad de crear el odio y lo irreparable entre los franceses. Ya sea por nuestros muertos o por los de nuestros adversarios, franceses como nosotros, ya sea por la provocación a derecha o a izquierda, por los primeros tiros de Clichy o la bomba depositada en el domicilio de la Federación Patronal francesa, esta empresa maquiavélica es inexplicable.

Tenemos derecho a preguntarnos con ansiedad, en un momento en que tenemos necesidad de nuestra calma y de nuestra razón para salvar, dentro del orden y la legalidad, nuestras dificultades, lo que nos traerá el mañana... ¿Qué provocación? ¿Qué incendio? ¿Qué asesinato? ¿Qué catástrofe?

Basta de crímenes impunes, que dejan el campo libre a otros crímenes.

Basta, basta...

ANDRE CHAMSON

(«Vendredí», 23-IX-937.)

RECUERDOS

Cuando vi a Mussolini

Hace ya varios años, fueron recibidos por Mussolini algunos periodistas franceses. Al salir del Palacio de Venecia, anoté mi impresión, que había sido viva y decepcionadora. Cuando está uno en presencia de un verdadero gran hombre, su grandeza se advierte en seguida, aunque sea en la entrevista más breve, y le es fácil impresionar a un observador atento, dispuesto a descubrir en él alguna potente cualidad humana.

En este caso, no se descubre nada parecido; sólo una imitación irrisoria, un afán necio de mostrar una apariencia, de simular lo que no se es. Nunca he visto nada más cómico que esos ojos fijos y redondos, que se esfuerzan por ser magnéticos y que uno espera con curiosidad que se salgan de las órbitas.

Esta impresión era demasiado somera para que yo pensara entonces en publicarla. Pero, desde aquella época, ha adquirido, no ciertamente profundidad, sino el valor de una imagen exacta.

Esta falsa grandeza, la ha explotado Mussolini con la complicidad estúpida o calculada de todos los Gobiernos de Europa. Ha hablado fuerte y ha lanzado amenazas; los demás han fingido tener miedo y han acabado por tenerlo.

De las amenazas, que a quien primero asustaban era a él mismo, confiado, enardecido, ha pasado a los actos. Y se ha seguido dejándole hacer. Esta vasta, siniestra y sangrienta comedia que empezó con la agresión a Etiopía, que continúa con la agresión a España, y en la cual los Gobiernos hacen el papel de obedientes bufones, de tramoyistas, y sólo actúan como figurantes en Ginebra o en Londres, han persuadido al matasiete de que es otro César. El no se ha tomado nunca en serio; y ha acabado por hacer lo mismo con los demás.

En verdad, se ha hecho todo lo posible para que la comedia le dé impresión de realidad. Este error es una de las causas principales de la grave situación actual de Europa.

El acto de Nyon, y su rapidez, parecen haber llevado a Mussolini a una apreciación más exacta de la realidad. Pero, aunque se entre en la seriedad que

la situación exige, el Matasiete, demasiado consentido, volverá a las andadas.

Eramos diez los que Mussolini había accedido a recibir, y la audiencia no duró más de veinte minutos. El tiempo preciso para sufrir la decepción. ¿De qué puedo reprocharle? De haber defraudado la espera, y que cuando todo hacía probable que sólo pudiese ser trivial, haberlo sido en efecto. Como otro cualquiera.

A pesar de todo, esperábamos más. Echemos la culpa al romanticismo y a la leyenda; éstos son los equivocados, y no este hombre resignado que pierde en conversaciones insipidas un cuarto de hora de su tiempo. Y uno se pregunta: ¿Por qué? ¿Tal vez sólo por destruir la leyenda? Parece imprudente...

Y, además, improbable. El aparato, desde la entrada, pone en guardia contra toda sencillez, afectada.

Cuando se penetra en la gran sala del Palacio de Venecia, de paredes desnudas y suelo encelado, y se divisa al fondo, en un rincón de penumbra sabiamente iluminado, detrás de una mesa, que parece muy pequeña, al señor Mussolini, en su postura de primera audiencia, comienza uno a inquietarse de que un tan grande hombre, para causar impresión, tenga que recurrir a procedimientos tan pequeños.

A medida que se avanza para esa etapa plágiosa, la mala impresión se atenúa. Se advierte primero la corpulencia, luego los rasgos del Dictador. Está vestido con un traje blanco, que le sienta mal, y tiene las piernas estiradas sobre el suelo; parece poderoso y da idea de pesantéz. La fisonomía, vigorosa, un poco empastada. El famoso mentón, que se ve siempre por debajo en las fotografías, para hacer la mandíbula más voluntariosa, la barba, negra y dura bajo las mejillas, que le da aspecto de mal afeitado, y el cabello gris, escaso y corto; es más viejo de lo que imaginábamos.

La estatura es impresionante. La desgracia quiere que se anime. Y, desde este momento buscamos en vano, en la actitud, en la expresión, en las palabras,

algún recuerdo de la grandeza que la imaginación evocaba y que la presencia disipa. No hay más que apariencia.

El rostro de mármol es, en realidad, de caucho. Como si una mano invisible lo modelara sin cesar, toma todas las formas, sonríe, frunce la frente, pliega las mejillas, se ensancha, se hace severo, grave, emocionante, cómico. Cuando escucha, los ojos se salen de las órbitas, de tal manera se fija en su interlocutor. ¿Por qué no es fascinador? Si habla, lo hace despacio, en francés excelente, con el arte campesino de eludir la pregunta, de contestar aparte, y de no decir nada que comprometa; un juego de gamapié en el que la inteligencia no tiene nada que ver con la franqueza. Y termina con tanta cortesía y autoridad que nos recuerda que es el amo y no nos atrevemos a insistir. Nos quedamos con el mismo deseo con que vinimos, y nos preguntamos con inquietud si esta evasiva es táctica, protocolo o insuficiencia.

Terminó la audiencia. Mussolini oprime tres pequeños botones y su aureola se apaga. Volvemos a deslizarnos por la estepa.

¿Se asemeja la verdadera grandeza a este trivial cambio de palabras durante una visita también trivial. Si no tenía nada mejor que decir, el mejor medio, el único, para no decepcionarnos, hubiese sido no recibirnos.

LOUIS MARTIN CHAUFFIER

(«Vendredí», 23-IX-937.)

Un pesquero de Ceuta llega a Rabat y sus tripulantes se ofrecen a las autoridades españolas

TANGER. — Ha fondeado, con averías, en el puerto de Rabat, el pesquero «Orizabal», de la matrícula de Ceuta. Cuatro de sus tripulantes se presentaron a las autoridades, comunicándolas sus deseos de ser repatriados a la España leal. —Fabra.